

# EN TORNO A LA CONCEPCION IDEALISTA DEL DEPORTE EDUCATIVO

JOSE IGNACIO BARBERO GONZALEZ

## RESUMEN

El DCB de EF pone de manifiesto que la noción de *deporte educativo* constituye una de las claves de la cultura profesional y de la retórica oficial. Desde esta óptica, en este artículo se intenta hacer explícitos los supuestos teóricos en los que se basa dicha concepción, para lo cual se exponen las ideas de tres importantes referentes teóricos en el campo de la EF, Huizinga, Ortega y Cagigal. Como conclusión, se sugiere que estas concepciones *naturalizan* la EF y que el cambio de prácticas sólo será posible si se tiene en cuenta que esta materia escolar es una construcción social.

## ABSTRACT

The syllabus of PE presents the notion of *educative sport* as a key concept of both the professional culture and the official rethoric. In this context, the article tries to make explicit the theoretical assumptions that underlie such conception and discuss the ideas of three important theorists within the field, Huizinga, Ortega and Cagigal. Finally, it is suggested that this kind of approaches *naturalizes* PE and that any change will be impossible unless we realize that this school subject is socially constructed.

## PALABRAS CLAVE

Deporte Educativo, Cultura, "Deportismo Biológico", Juego.

## KEYWORDS

Educational Sport, Culture, "Biological Sportivism", Play.

## 1. INTRODUCCION

El *Diseño Curricular Base* de Educación Física refleja la hegemonía de dos tipos de saber. El primero, de cariz eminentemente psicológico, dota de forma y lógica al conjunto de la "Reforma" y proporciona las claves que guían la intervención pedagógica definiendo, de paso, la infancia. El segundo se refiere a los saberes más específicos de la Educación Física.

Al leer el DCB de EF, la impresión general es que todo es bueno, bonito y, además, *lógico*. El cambio se presenta como un proceso racional, libre de valores, intereses y conflictos, susceptible de ser planificado desde una cierta neutralidad externa. En relación con el diseño de la materia, el DCB invita a que se eviten reduccionismos; deben compaginarse, se dice, las distintas prácticas y funciones corporales, los distintos modelos existentes en el campo (anatómico-funcional, deportivos, psicomotriz, expresivo,

compensatorio, catártico, higiénico, etc.). Este planteamiento rehuye el verdadero debate sobre los significados de la EF, soslaya el enfrentamiento entre las distintas concepciones y tiende a *naturalizar* el campo, es decir, a reproducir los saberes dominantes dentro de la cultura profesional.

Una de las ideas reproducidas y recreadas en el DCB es la del *deporte educativo*. Este es concebido, al igual que en todos los documentos y manifiestos oficiales, como algo inevitable, como "la forma más común de entender la actividad física en nuestra sociedad". Sin embargo, y ésta es la segunda característica de este tipo de definiciones, para que sea *verdaderamente* (?) educativo hay que vigilar los excesos competitivos, selectivos, etc. que desvirtúan su naturaleza.

En este contexto, el objetivo de este artículo es indagar en los supuestos teóricos en que se basa esta concepción predominante en la retórica oficial y en la cultura profesional. Me referiré, primero, a J. Huizinga cuyo *Homo Ludens* es ampliamente conocido; segundo, a Ortega y Gasset que plantea la misma temática en *El Origen Deportivo del Estado*; y, finalmente, a J.M<sup>a</sup> Cagigal, considerado "el mayor intelectual y erudito de la educación física y el deporte que ha dado este país". (OLIVERA BELTRAN, 1986, 1).

## 2. HOMO LUDENS FRENTE A HOMO FABER

Huizinga ya había tratado la relación entre juego y trabajo en el discurso "Los límites del Juego y del Trabajo en la Cultura" pronunciado en 1933 en la Universidad de Leyden (CAILLOIS, 1979, 36). Este problema tiene, de acuerdo con Hoberman, dos lecturas. La primera, en términos históricos, sería:

"¿Fue la primera sociedad humana creación de los impulsos deportivos o producto de aquéllos orientados hacia el trabajo?". (HOBERMAN, 1984, 23).

La segunda, en términos antro-po-filosóficos, plantearía la primacía de una de las dos categorías:

"¿En qué esfera tienen origen las más significativas experiencias humanas?". (HOBERMAN, 1982, 23).

Huizinga aborda directamente el tema en el prólogo de *Homo ludens*. Está claro, dice, que el calificativo de *homo sapiens* no es el que mejor conviene a nuestra especie que ya ha dado repetidas pruebas de su irracionalidad. Queda por discutir cuál es el más apropiado, *homo ludens* u *homo faber*, ambos son aplicables a los hombres y a los animales y ambos expresan funciones tan esenciales como para ocupar un mismo nivel. Este equilibrio inicial lo rompe en el párrafo siguiente:

"Hace tiempo que ha ido cuajando en mí la convicción de que la cultura humana brota del juego -como juego- y en él se desarrolla. ...no se trata, para mí, del lugar que al juego corresponda entre las demás manifestaciones de la cultura, sino en qué grado la cultura misma ofrece un carácter de juego". (HUIZINGA, 1987, 8).

La relación cultura-juego se hace cada vez más precisa:

"El juego es más viejo que la cultura; pues, por mucho que estrechemos el concepto de ésta, presupone siempre una sociedad humana, y los animales no han esperado a que el hombre les enseñara a jugar. Con toda seguridad podemos decir que la civilización humana no ha añadido ninguna característica al concepto de juego". (Ibid., 11).

En esta línea, el objetivo de *Homo ludens* es mostrar que *el juego auténtico, puro*, es fundamento de la cultura. Para ello, lo primero es delimitar el concepto de juego, cuya existencia es innegable, es *una categoría vital absolutamente primaria* que no puede ignorarse en ningún eslabón cultural humano. El juego es un universal independiente de cualquier concepción del mundo. Lo abstracto y lo serio pueden negarse, el juego no.

"No es posible ignorar el juego. Casi todo lo abstracto se puede negar: derecho, belleza, verdad, bondad, espíritu, Dios. Lo serio se puede negar; el juego, no". (Ibid, 14).

El juego no puede explicarse con referencia a una finalidad, ni como respuesta necesaria o útil a una necesidad biológica o psicológica. Los "porqués" y "paraqués" del juego, dice Huizinga, indican planteamientos erróneos. El juego es superfluo, ornamental, estético; no está sujeto a la tiranía de la causalidad; puede abandonarse en cualquier momento; responde a una emoción profunda; está próximo a lo poético y lo artístico.

Huizinga presenta el juego como opuesto a lo serio sin, por ello, identificarlo con lo cómico o lo necio. De hecho, en el juego la gente se implica con la mayor seriedad y entrega posible, llegando incluso al entusiasmo. Igualmente, el juego está fuera de todo tipo de oposición entre categorías fundamentales como verdad-falsedad o bondad-maldad. *Todo juego es, antes que nada, una actividad libre*. Y dado que defender el libre albedrío en los animales o los niños es difícil, esta libertad hay que entenderla en un sentido amplio, en un hacer por placer. El niño o el animal juegan porque encuentran gusto en ello, y en esto consiste precisamente. (Ibid., 17-20).

El juego es un *como si*, está fuera de la vida corriente, sus límites de espacio (terreno de juego) y tiempo (duración) lo configuran *encerrado en sí mismo*, como un mundo aparte que ofrece la posibilidad de repetirse cuantas veces se quiera y que está regido por un orden, ritmo y armonía propios. Estas leyes, ritmo y armonía mantienen una tensión interna en el juego; una incertidumbre o azar que aportan un contenido ético a la actividad lúdica puesto que ponen en tela de juicio las cualidades, facultades o virtudes de cada jugador. Las reglas del juego son, mientras se juega, propias y absolutas, crean un orden que permite delimitar los comportamientos desviados. Una vez que el juego se termina, el *como si* se acaba, el juego permanece en el recuerdo, como bagaje espiritual que se transmite por tradición y que puede ser repetido en cualquier momento. Sin embargo, mientras el juego dura, las leyes y usos de la vida ordinaria carecen de validez; se produce una cancelación temporal, espacial, comportamental, etc. del mundo cotidiano. A pesar de ello, las relaciones que se establecen en el juego, el grupo de amigos, tienden a perdurar posteriormente creando, además, una cierta aureola de misterio o secreto. (Ibid., 20-26).

"Resumiendo, podemos decir..., que el juego, en su aspecto formal, es un acción libre ejecutada *como si* y sentida como situada fuera de la vida corriente, pero que, a pesar de todo, puede absorber por completo al jugador, sin que haya en ella ningún interés material ni se obtenga en ella provecho alguno, que se ejecuta dentro de un determinado tiempo y un determinado espacio, que se desarrolla en un orden sometido a reglas y que da origen a asociaciones que propenden a rodearse de misterio o a disfrazarse del mundo habitual". (Ibid., 26).

"... el juego es una acción u ocupación libre, que se desarrolla dentro de unos límites temporales y espaciales determinados, según reglas absolutamente obligatorias, aunque libremente aceptadas, acción que tiene su fin en sí misma y va acompañada de un sentimiento de tensión y alegría y de la conciencia de *ser de otro modo* que en la vida corriente". (Ibid., 43-4).

Este juego por excelencia, en su estado puro, estaría representado por el juego infantil donde el niño, absorto, se abandona a una actividad placentera. "Los dos polos del estado de ánimo propio del juego, dice Huizinga, son el abandono y el éxtasis". (pp. 31-35).

En la actividad lúdica no faltan tampoco los elementos festivos o teatrales y, en este sentido, Huizinga se sirve del paralelismo filogénesis-ontogénesis para sugerir que la cultura presenta en sus estadios más primitivos un mayor número de ingredientes lúdicos, patentes en los innumerables rituales arcaicos que mezclan componentes sacros; guerreros, festivos o dramáticos. El espectáculo sagrado y la fiesta agonal son las dos formas primitivas y universales en las que la cultura se origina como juego y, con el paso del tiempo, los distintos elementos se han ido diferenciando entre sí formando cada uno de ellos instituciones más o menos autónomas.

### 3. EL DEPORTE COMO DEFORMACION DEL JUEGO

En los últimos capítulos de *Homo ludens* el autor se pregunta "¿En qué medida la cultura actual que vivimos se desarrolla en forma de juego?" (p. 230). Teniendo en cuenta sus premisas iniciales, la respuesta es bastante negativa. La vida en la sociedad contemporánea se ha ido haciendo cada vez más seria y utilitaria; la racionalidad moderna ha entrado en conflicto con el elemento lúdico de la cultura e impide su desarrollo. A medida que el material cultural se diversifica y crece en complejidad, cada uno de sus ámbitos -en este caso el deportivo- va perdiendo todo contacto con el juego. En comparación con los siglos anteriores, el XIX representa una ruptura importante en estos procesos: cada vez se juega menos.

"Resumiendo, podemos decir del siglo XIX que, en casi todas las manifestaciones de la cultura, el factor lúdico ha ido perdiendo mucho terreno. Tanto la organización espiritual como material de la sociedad se oponía a la acción visible de este factor. La sociedad tenía excesiva conciencia de sus intereses y de sus empeños. (...) Los ideales de trabajo, de la educación y de la democracia, apenas si dejaron lugar para el *principio eterno del juego*. (Ibid., 229 -énfasis mío).

Cada vez se nos impone más la conclusión de que el elemento lúdico de la cultural, a partir del siglo XVIII, en el que lo veíamos todavía en su flor, va perdiendo importancia en todos aquellos terrenos que le eran propios. La cultura moderna apenas si juega y, cuando parece que juega, su juego es falso". (Ibid, 244).

Sin embargo, a primera vista parece paradójico dada la magnitud que ha ido alcanzando el deporte como fenómeno social. El problema es que a pesar de que los elementos esenciales del deporte sean, de acuerdo con Huizinga, constantes (universales) y antiquísimos (eternos), las mutaciones a que han sido sometidos han desvirtuado su contenido. De ser el juego una diversión momentánea, espontánea e informal ha pasado a convertirse en un sistema organizado de clubes y campeonatos que lo han hecho más serio,

más sistemático, más disciplinado, más sujeto al rendimiento y a unas reglas externas. En fin, se ha institucionalizado perdiendo su sentido lúdico.

"En el deporte nos encontramos con una actividad que es reconocidamente juego y que, sin embargo, ha sido llevada a un grado tan alto de organización técnica, de equipamiento material y de perfeccionamiento técnico, que en su práctica pública colectiva amenaza con perder su auténtico tono lúdico". (Ibid., 235).

El deporte se convierte así, dice Huizinga, en una institución "sui generis", en una manifestación autónoma en la que aparece la figura del profesional, incapaz de una auténtica actividad lúdica ya que su preocupación utilitaria le priva de la espontaneidad y creatividad del amateur. Aparecen los manuales, se incrementan los sistemas, adquieren importancia los entrenadores, crece la perfección técnica y táctica, se extiende la publicidad, se multiplican los espectadores y, sin embargo, el deporte es un fenómeno cultural estéril al haberse extinguido el viejo y originario factor lúdico. Porque, como se ha dicho, "para jugar de verdad, el hombre, mientras juega, tiene que convertirse en un niño". (Ibid., 234). En resumen, desde el siglo XIX, el deporte moderno -supuestamente la esfera social lúdica por excelencia- está siendo progresivamente desnaturalizado por los crecientes procesos de racionalización, burocratización y comercialización. Estos procesos desvirtúan la verdadera naturaleza del deporte y reflejan el estado patológico en que se encuentra la cultura moderna.

Huizinga no considera únicamente el caso del deporte. Repasa también otras áreas como el campo mercantil, el arte, la ciencia moderna o la política parlamentaria e intenta detectar la existencia e influencia de lo lúdico. En el campo de la política, por ejemplo, señala el frecuente paralelismo entre los usos parlamentarios y el juego. La necesidad del pacto entre caballeros, la aceptación de las reglas y los confines de unos rituales específicos son los reflejos de dicho elemento lúdico. En política internacional, por el contrario, se ha perdido dicho espíritu. Las guerras ya no se conciben como antes, como un noble juego -el deporte de los reyes- con sus buenas maneras y su distinguido carácter. ¡En la guerra de los tiempos arcaicos sí se puede observar el elemento lúdico en todo su esplendor!

Por todo ello, el cuadro general no acaba siendo de su agrado y termina sentenciando:

"Estamos ya cerca del fin: una cultura auténtica no puede subsistir sin cierto contenido lúdico,... La cultura exige siempre, en cierto sentido, "ser jugada"... La verdadera cultura exige siempre y en todos los aspectos el "fair play"... Para que este contenido lúdico sea culturalmente creador tiene que presentarse puro... No debe ser la falsa apariencia tras cuya máscara se esconda el propósito de realizar ciertos fines mediante ciertas formas de juego cultivadas expresamente a este propósito. El juego auténtico rechaza la propaganda. Tiene un fin en sí mismo... La propaganda actual,..., a pesar de las formas lúdicas que adopta tan a gusto, no puede ser considerada como una manifestación moderna del espíritu de juego, sino como una falsificación". (Ibid., 24-250).

#### 4. EL DEPORTISMO BIOLOGICO, UNA CUALIDAD "JUVENIL"

Parece acertada la idea de Hoberman (1984) quien, al discutir la problemática del juego-trabajo con referencia a los orígenes de la cultura humana, sitúa juntos a Huizinga y a Ortega. Como se verá a continuación, las cuestiones, respuestas y premisas del ensayo sobre *El Origen Deportivo del Estado* (1966) son bastante similares a las de *Homo ludens*.

Ortega inicia su artículo indicando la existencia de temas últimos que están más allá de la ciencia, es decir, preguntas filosóficas sobre el porqué de la vida misma. En este

contexto, se refiere a dos interpretaciones del mundo fraguadas en la segunda mitad del siglo XIX y ante las que se manifiesta contrario: el utilitarismo y el darwinismo. Su oposición a ambas se basa en idénticos motivos: no prestan atención a lo superfluo e inútil (¿lo lúdico?). Para el utilitarismo, el motor de la vida humana reside en la tendencia a la satisfacción de las exigencias y necesidades ineludibles. De acuerdo con el darwinismo, los cambios se producen por una necesidad de adaptación en la lucha por la vida en la que sobrevive el más fuerte. Ortega se distancia de ambas posiciones utilizando objeciones similares que sirven como posible definición de lo amateur, liberal, lúdico, es decir, lo no necesario ni profesional

(Contra el utilitarismo)

"La actividad original y primaria de la vida es siempre espontánea, lujosa, de intención superflua, es libre de expansión de una energía preexistente. No consiste en salir al paso de una necesidad,..., sino más bien la liberal ocurrencia, el imprevisible apetito".

(Contra el darwinismo)

"La especie con ojos aparece súbitamente, caprichosamente diríamos... No porque hace falta el ojo llega éste a formarse, sino al revés, porque aparece el ojo se le puede luego usar como instrumento útil. De esta manera, el repertorio de hábitos útiles que cada especie posee se ha formado mediante selección y aprovechamiento de innumerables actos inútiles que por exuberancia vital ha ido ejecutando el ser viviente". (ORTEGA, 1966, 63).

Esta oposición resume las dos grandes formas de actividad humana, una es creadora, originaria y original, vital, espontánea y desinteresada; la otra ni crea ni inventa sino que utiliza y aplica lo creado por la primera. Continuando el paralelismo, una se ejercita por el simple placer de la acción mientras que la otra está obligada por la necesidad; ésta "tiene su máximo ejemplo en lo que suele el llamar *trabajo*" mientras que "los esfuerzos superfluos encuentran su ejemplo más claro en el *deporte*". (Ibid., 64 -énfasis mío).

Lo que en Huizinga era lúdico en Ortega se llama deportivo. La relación entre deporte y trabajo necesita también, como en el caso de Huizinga, un cambio jerárquico: uno es la vida, el otro es mera mecánica.

"... considerar la actividad deportiva como la primaria y creadora, como la más elevada, seria e importante de la vida, y la actividad laboriosa como derivada de aquélla... Es más, *vida propiamente hablando es sólo la de cariz deportivo*, lo otro es relativamente mecanización y mero funcionamiento. Lo vital es la formación del brazo y su repertorio de movimientos; dado el brazo y sus posibilidades, su trayectoria en cada caso es cuestión simplemente mecánica". (Ibid., 64 -énfasis mío).

Al igual que Huizinga, Ortega sugiere un claro paralelismo filo-ontogenético cuyo punto inicial y/o motor original es la mencionada energía libre y superflua:

"... en todo proceso vital, lo primario, el punto de partida, es una energía de sentido superfluo y libérrimo, lo mismo en la vida corporal que en la histórica". (Ibid., 64).

El éxito y el progreso en la vida a nivel individual, de la especie o planetario se debe realmente a que nunca ha estado regido por la estricta necesidad. Al contrario, el exuberante impulso o energía vital siempre ha dado lugar a multitud de posibilidades que, posteriormente, han permitido la aplicación de la más apropiada.

Una vez establecida la primacía de lo deportivo, Ortega considera aquellos agentes en los que dicha cualidad se realiza. Los sujetos son los jóvenes varones cuyas características de personalidad "agresiva" se corresponden o complementan con la esquizofrenia femenina. Los jóvenes están dotados de una tendencia a la asociación (el instinto de coetaneidad) y psicológicamente son aguerridos, románticos, audaces, galanes, etc. Este es el doble motor de la historia, "el ritmo de las edades y de los sexos". (p. 70).

La primera sociedad que en la historia ofrece alguna forma de estructura deriva precisamente de estos flujos. Las primeras tribus estaban organizadas según clases de edad en viejos, maduros y jóvenes. Estos agrupamientos son anteriores incluso a la familia y el grupo predominante era el de los jóvenes. Son éstos los que dentro de sus hordas errantes forman las primeras asociaciones para acometer empresas audaces e imaginativas, es decir, para raptar a los jóvenes mozas de otras hordas (evitar la consanguinidad). En esas acciones florecen todos los elementos enunciados, la energía vital y exuberante, el instinto de coetaneidad, los jóvenes varones (y la mujer raptada). Este hecho es, de acuerdo con Ortega, muy significativo:

"Y entonces ha lugar una de las acciones más geniales de la historia humana, de la que han irradiado las más gigantescas consecuencias: deciden robar las mozas de hordas lejanas". (Ibid, 71).

En el contexto de este tipo de acciones (que no son "empresas suaves") la asociación juvenil incrementa su organización interna. La "guerra por amor" instaura dentro de la asociación una disciplina, una ley, una estructura, una autoridad, un espíritu común, un culto, unas ceremonias, unos ritos, etc. (p. 72). De esta forma, el "club" juvenil se convierte en la institución más antigua. A ella no pueden acceder los adultos. Está encubierta por un cierto secreto en el que coexisten elementos placenteros, atlético-guerreros y religiosos.

En resumen, la sociedad no se ha formado respondiendo a lo útil sino que se parece más a un club atlético; el Estado tiene un origen deportivo.

"Vemos, pues que la primera sociedad humana... es todo lo contrario que una reacción a necesidades impuestas. La primera sociedad es esta asociación de jóvenes para robar mujeres extrañas al grupo consanguíneo... Más que a un Parlamento o Gobierno de severos magistrados, se parece a un Athletic Club. Dígame el lector si es tan excesivo como en un principio pudo parecerle, *proclamar el origen deportivo del Estado*". (Ibid., 73 -énfasis mío).

Ortega asegura que todo lo dicho no son suposiciones suyas y se refiere, quizás a modo de ilustración para reforzar sus argumentos, a la formación de los Estados Griego y Romano antiguos. El Senado, por ejemplo, también debe su existencia a los jóvenes ya que respondía a la necesidad que tenían los viejos de defenderse de los desmanes juveniles. En definitiva, repite, el club juvenil es el origen del estado.

"Tenemos, pues, que el "club" de jóvenes inicia en la historia las cosas siguientes: La exogamia, la guerra, la organización autoritaria, la disciplina de entrenamiento o ascética, la ley, la asociación cultural, el festival de danzas enmascaradas o Carnaval, la sociedad secreta. Y todo ello, junto e indiferenciado, con la génesis histórica e irracional del Estado. Una vez más encontramos que en todo origen se halla instalada la gracia y no la utilidad". (Ibid., 74).

O dicho de otra forma, la fecundidad creadora de la potencia deportiva:

"Contentémonos con este somero esquema, que basta a mi propósito de presentar en el origen del Estado un ejemplo de la fecundidad creadora residente en la potencia deportiva. No ha sido el obrero, ni el intelectual, ni el sacerdote,...., ni el comerciante quien inicia el gran proceso político; ha sido la juventud, preocupada de feminidad y resuelta al combate; ha sido el amador, el guerrero y el deportista. (...).

Tal vez encontrásemos en el amor el prototipo de la vitalidad primaria, el ejemplo mayor del *deportismo biológico*". (Ibid., 75 -énfasis mío).

## 5. DOS TIPOS DE DEPORTE

La oposición *homo ludens* vs *homo faber* de Huizinga y la del impulso primario-vital-deportivo-libérrimo vs. acción utilitarista de Ortega se va a traducir en Cagigal en dos tipos de deporte, cada uno de ellos adjetivado, según los casos, de múltiples modos casi sinónimos: Deporte salud-para todos-ocio activo-praxis-divertimiento-esparcimiento-educativo-higiene"segunda vía"... vs deporte de élite-espectáculo-profesión-rendimiento-competición-propaganda... (el orden de las calificaciones no significa nada).

Cagigal también dota al deporte de una cierta primacía cultural que se define en torno a las variables, no siempre uniformes, ludo-competitivas de la actividad física.

"Para evitar malas interpretaciones..., en la presente reflexión voy a entender *el deporte* no como un sistema social ya organizado,... sino como *una actividad humana previa a la organización social*, y que es a la vez causa y posibilidad: el deporte como *actividad ludo competitiva*". (CADIGA, 1981, 191 -énfasis mío).

El deporte va a ser de nuevo una "realidad antropológica" de carácter universal, más o menos permanente en todas las culturas. Sin embargo, en el párrafo siguiente, Cagigal rectifica y se distancia un poco de la idea de Huizinga de que el juego era anterior a la cultura:

"... no considero que sea correcto extender las acepciones del término deporte a áreas preculturales... Deporte señala ya una conducta plenamente humana en la que convergen elementos lúdicos, pero donde hay una asunción y acepción de carácter rigurosamente cultural". (Ibid., 191).

La barrera que en un principio separa el deporte-praxis del deporte-espectáculo tiene dos lecturas. Desde el punto de vista pedagógico-educativo, el deporte-praxis es considerado parte de la educación, mientras que el deporte-espectáculo no. Desde el punto de vista "filosófico-antropológico", uno contribuye al desarrollo del mundo interior de la persona, es una necesidad del hombre desde su nacimiento (filo y ontogenético), mientras que el otro está *impulsado y condicionado por poderosas demandas económicas y sociopolíticas* (1979, 52) que deforman la dimensión ludo-competitiva innata al ser humano. Sin embargo, la línea que separa a ambos no siempre está clara; con cierta frecuencia Cagigal parece navegar entre dos aguas, resistiéndose por un lado a criticar el deporte espectáculo, condenándolo en un párrafo para rehabilitarlo en el siguiente. Una ambivalencia que se debe a que, en el fondo, piensa que ambos son una misma cosa. Parafraseando a Ortega y a Huizinga, dice:

"Pero hay un algo profundo, antropológico, una razón o porqué filosófico que subyace permanentemente, igualmente, en tan dispares manifestaciones del mundo deportivo; algo común, *constante humana, lúdico, azaroso, excitante e imprevisible...*". (CAGIGAL, 1981, 147 -énfasis mío).

Al igual que Huizinga, Cagigal considera, por un lado, que la competición es un ingrediente indispensable del deporte pero, por otro, no acaba de gustarle la "excesiva" competitividad que el contexto social general. Acaba, de esta forma, moviéndose circularmente:

"... sería arriesgado pretender que exista una verdadera actividad deportiva sin cierto carácter o ingrediente competitivo. En una consideración meramente higiénica del deporte se podría prescindir de tal elemento, pero el deporte quedaría reducido a algo no completamente idéntico a sí mismo; una especie de "café descafeinado". Quizá el más fundamental componente psicosocial del deporte sea su elemental carácter competitivo, a veces rudimentario, incluso no manifestado en formas estructuralmente competitivas, pero actuante, fecundante, motivante. Muchas veces se resume simplemente en un afán de superación, autoperfección. (...).

Pero en la sociedad en que vivimos, desmesuradamente competitiva, tal ingrediente tiende a convertirse en un elemento absorbente,... La competitividad en el deporte contemporáneo es como una glándula endocrina que se ha hiperfuncionado... Hoy el deporte a cualquiera de sus niveles está contaminado de embriaguez competitiva". (CAGIGAL, 1979, 28)".

El mismo recorrido circular se produce en relación a la espectacularidad del deporte a la que Cagigal presenta asociada con la competitividad. Por una parte, considera que la espectacularidad es consustancial a la propia práctica deportiva, que cualquier actividad física es susceptible de ser vista como representación. Pero, por otra parte, el asunto ha ido demasiado lejos.

"La 'praxis' deportiva es una 'praxis' evidentemente visible... El deportista con su 'praxis' a cuestas, quíeralo o no, lleva un espectáculo en sí, porta espectáculo, lo muestra (...).

El deporte tiene, pues, una espectacularidad de carácter universal. (CAGIGAL, 1975, 54).

El deporte de gran rendimiento se segrega del deporte 'praxis' sólo cuando es requerido espectacularmente y como consecuencia de tales requerimientos se cambia de objetivos, de procedimientos y, posteriormente, de estructuras. Por eso no parece rigurosa la diversificación básica del 'deporte rendimiento'... del 'deporte práctica' ". (CAGIGAL, 1975, 57).

En el contexto del papel educativo del deporte, Cagigal reflexiona también sobre las relaciones entre Deporte y Educación Física o entre las Ciencias del Deporte y las Ciencias de la Educación Física. (Con frecuencia utiliza, igualmente a modo de sinónimos, otros términos como "educación físico-deportiva", "educación corporal", "educación por el movimiento" o, incluso, "juego". El vocablo "deporte" funciona también unas veces como sinónimo de la educación física, otras simplemente como un medio de ella, y otras como un elemento separado cuando no contrapuesto. Dado que su concepto de deporte no es estable, tampoco lo son sus relaciones con la educación física).

En cualquier caso, la variedad "pura" y verdadera, la que guarda las esencias de la actividad motriz creadora, espontánea, etc. es la del deporte-praxis. Es su preocupación pedagógico-educativa-"humanista" la que convierte el deporte-praxis en una alternativa necesaria para casi todo, tanto en el ámbito social general como en el más estrictamente escolar. Porque al igual que lo lúdico consistía en una emoción profunda y lo deportivo-

juvenil erá una energía vital exuberante, el deporte-praxis *educa hondo*, toca lo esencial del ser humano.

El deporte-praxis, sugiere Cagigal, aporta remedio importantes a la deshumanizada sociedad moderna, acosada por el tecnicismo, la superespecialización y el dominio de la máquina. El desarrollo económico ha dado lugar a una forma de vida sedentaria que crea problemas de salud. Los individuos, a pesar de encontrarse concentrados y agrupados en grandes urbes y a pesar del enorme desarrollo de los medios de comunicación, se sienten solos; la soledad se percibe como uno de los principales males de nuestro tiempo. Frente al sedentarismo, el deporte-praxis aporta ejercicio placentero; frente a la soledad, el deporte es un medio de relación donde cada persona se manifiesta como es; en la cancha, en el campo de juego no intervienen los privilegios ni las herencias ni el estatus social; cada uno hace lo que puede o sabe con el balón, el bate o el objeto que sea; cada persona se prueba a sí misma tal como es. En este sentido, el deporte es también democrático.

En la esfera más estrictamente escolar, el deporte tiene también un papel importante que desempeñar dada la deficiente situación en que se encuentra la educación. Aquí, Cagigal presenta una doble opción o estrategia. Una, más suave, consiste en introducir más deporte dentro de los horarios y programas actuales pero sin alterar mayormente la filosofía educativa general. Otra, más fuerte, pretende dar una verdadera "educación por el movimiento", lo que supondría una revolución en el ámbito escolar.

Los argumentos con que Cagigal ataca el sistema educativo son similares a los utilizados en relación con la sociedad en general. La escuela, basada en el intelectualismo, el memorismo, la desconexión de conocimientos, el sedentarismo, etc. no permite, Cagigal parafrasea a García Hoz, que los alumnos se formen como personas, no posibilita el desarrollo de sus capacidades más específicamente humanas. El carácter puerocentrista de las alternativas pedagógicas modernas centradas exclusivamente en el niño con sus intereses y motivaciones hace que, de acuerdo con Cagigal, se preste una atención exclusiva al principio del placer. Desde esta óptica, la excelencia del deporte como medio educativo radica en que reúne y compagina el principio de placer y el principio de realidad -ignorado este último por la renovación pedagógica (1981, 197-198). El deporte, insiste repetidas veces, es una escuela andando en la que se aprende a vivir viviendo, en la que se compaginan los dos polos, lo frutivo -el placer- y la frustración -la realidad-. Esta combinación, continúa, dota a la constitución psíquica de la persona de un "sistema inmunológico" completo que le permite afrontar la vida con posibilidades de éxito y que no hubiera sido posible mediante una acción educativa centrada unilateralmente en el principio del placer. (1981, 200).

La práctica deportiva aporta también mecanismos de compensación y equilibrio por medio del movimiento corporal que contrarrestan la superintelectualización del sistema educativo. A la "mutiladora especialización" se opondría la globalidad e interacción de la inteligencia y el aparato locomotor. Ante la preocupación por la eficacia, los resultados y las evaluaciones, el deporte se convierte en un medio para que cada uno se pruebe a sí mismo en el esfuerzo, un gasto *liberal de energías* en el que la derrota es, además, educativa. Y, en general, frente a la inmovilidad de las aulas, el deporte es actividad. (1979, 53-54).

Pero para poner en práctica esta educación por el movimiento se requiere, naturalmente, unos profesionales capaces de llevarla a cabo, unos formadores deportivos que no sean como se les entiende normalmente sino verdaderos pedagogos. En esta línea, parece

que Cagigal no tiene una opinión muy favorable de los planes de la formación del profesorado ni de los propios profesores de primaria:

"¿Qué ha sido hasta ahora, y qué es hoy, en general, en la civilización occidental,...., el maestro de escuela -o profesor de EGB, o maestro elemental,....-...? No más que *un benemérito mini-erudito que intenta transmitir su minierudición a los niños*. No es una persona que estimule a vivir situaciones normales de la vida de modo frutivo y enriquecedor... En la escuela se ha pretendido nutrir al niño con dosis achicadas de cada una de esas parcelas de saber". (CAGIGAL, 1981 -énfasis mío).

"El maestro -insisto- 'minierúdito en saberes' se convierte en un estimulador de minierúditos prematuros". (Ibid., 201).

Por consiguiente, para llevar a cabo su plan de educación alternativo, cuyo núcleo es la educación física, propone un nuevo agente, el educador por el movimiento, lo cual significa, ¡ahí es nada!,

"... la sustitución de los actuales maestros de enseñanza primaria -...- por educadores del movimiento; o la reconversión profunda de tales maestros. Los más cercanos a estos educadores del -por- el movimiento son los profesores de educación física. (...) Pero también -...- el concepto y enfoque de los actuales profesores de educación física, si éstos quisieran aceptar esta misión trascendental, habrían de ser seriamente renovados". (Ibid., 204).

## 6. A MODO DE RESUMEN

Hay, pues, una serie de paralelismos y coincidencias entre Huizinga, Ortega y Cagigal. Los tres se sirven de dicotomías y conceptos similares. Para Huizinga es lo lúdico frente a lo serio, para Ortega es lo deportivo frente a lo útil, y para Cagigal es el deporte-praxis frente al deporte-competición.

Las tres disyuntivas parten de una definición ideal representada por la primera parte de la proposición en la que se plasma el origen y la primacía. La segunda se caracteriza por la deformación de la primera la cual pasa a conceptuarse como culturalmente estéril y carente de valor educativo.

Los tres coinciden en señalar la universalidad del deporte. Existe, dicen, un *deportismo biológico*, un instinto competitivo que debe vigilarse. Desde una óptica educativa, la competición se convierte en una cuestión de grado que no aciertan a definir.

Dentro de las ciencias sociales del deporte, se tiende a clasificar los planteamientos de estos autores como idealistas, "de derechas" o "conservadores culturales". (HOBERTMAN, 1984, 23-52). Dunning (1986, 212), por ejemplo, dice que Huizinga es un romántico que añora una sociedad "orgánica".

Otros pensadores han criticado el carácter normativo de las definiciones de Huizinga (o de otros como Diem, Schultz, etc.) que presentan el deporte como una variante del juego y como recipiente de virtudes educativas. De acuerdo con Brohm, la contradicción ludo-competitiva la resuelven mezclando:

"..., el deporte es un ser híbrido, mixto entre juego y actividad seria. Para resolver la contradicción se habla de juego deportivo". (BROHM, 1982, 41 -énfasis mío).

Brohm tampoco deja bien parado a Ortega cuya concepción del deporte como instinto primario y raíz esencial de la vida le parece políticamente reaccionaria e, incluso, próximo a la ideología fascista. Este sociólogo francés se refiere a Ortega como un ideólogo del deporte universal y neutro:

"... el deporte es una especie de esencia platónica transhistórica que sobrevuela el tiempo, las civilizaciones, los modos de producción y las formaciones sociales concretas". (Ibid., 580).

John Hargreaves sugiere que la crítica general que desde distintos ángulos se hace a Huizinga -y que es aplicable a Ortega y Cagigal- se centra en el escaso carácter científico de sus aseveraciones y en la dificultad de explicar adecuadamente las relaciones entre el elemento lúdico de la cultura, el juego y el deporte. Hargreaves afirma también (1981, 51) que los planteamientos de Huizinga no posibilitan la comprensión del deporte en las sociedades modernas y que *sus conclusiones relativas a la dirección general de la historia son injustificablemente pesimistas*.

En este marco, la propuesta de este artículo sería la de invitar a cuestionar nociones y teorías (que sustentan la práctica) afincadas en la cultura profesional y en la retórica oficial (de las que el DCB de EF es un buen ejemplo) que apoyándose en una supuesta neutral universalidad del juego y del deporte proclaman su necesidad educativa. La EF es una construcción social (véanse, por ejemplo, BARBERO, 1989, 1990; VARELA, 1991) y, como tal, define y legitima formas particulares de "cultura somática" y de "tratamiento pedagógico de lo corporal". ¿Qué prácticas concretas se reproducen y refuerzan a partir de la concepción idealista del juego y el deporte?

#### REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BARBERO, J.I. (1989): "La educación física, materia escolar socialmente construida". *Perspectivas de la actividad física y el deporte*, 2, INEF Castilla-León, 30-35.
- BARBERO, J.I. (1990): "Deporte, cultura, cuerpo. (El deporte como configurador de cultura física)". *Educación y sociedad*, 9, 169-179.
- BROHM, J.M. (1982): *Sociología política del deporte*, FCE, México.
- CAGIGAL, J.M.<sup>a</sup> (1975): *El deporte en la sociedad actual*. Magisterio español, Madrid.
- CAGIGAL, J.M.<sup>a</sup> (1979): *Cultural intelectual y cultura física*. Kapelusz, Buenos Aires.
- CAGIGAL, J.M.<sup>a</sup> (1981): *¡Oh Deporte! (Anatomía de un gigante)*. Miñón, Valladolid.
- CAILLOIS, (1979): "Sobre la naturaleza de los juegos y su clasificación", en LÜSCHEN, G./WEIS, K.: *Sociología del Deporte*, Miñón, Valladolid, 36-45.
- DUNNING, E. (1986): "The dynamics of modern sport..." En ELIAS, N./DUNNING, E.: *Quest for Excitement. Sport and Leisure in the civilizing process*, Blackwell, Oxford, 205-223.
- HARGREAVES, J. (1981): "The political economy of mass sport". En DALE, R. ET AL. (ed): *Education and the state. Vol 2. Politics, patriarchy and practice*, Open University Press, 55-69.
- HOBERMAN, J.M. (1984): *Sport and political ideology*, Heinemann, London.
- HUIZINGA, J. (1987): *Homo ludens*. Alianza, Madrid.
- MEC 91992): *Area de Educación Física. Primaria*. MEC, Madrid.
- OLIVERA BETRAN, X. (1986): "Presentación a 'J.M.<sup>a</sup> Cagigal, tercer año de una pérdida' ". *Apunts E.F.*, 6, 1986, 1.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1966, -e.o. 1924): "El Origen Deportivo del Estado". En *El Espectador*, Vol VII-VIII. Espasa-Calpe, Madrid, 60-80.
- VARELA, J. (1991): "El cuerpo de la infancia. Elementos para una genealogía de la ortopedia pedagógica. En AAVV, *Sociedad, Cultural y Educación*. Universidad Complutense, Madrid, 229-248.